

— gritaba Roque, examinando el interior del ómnibus, donde una enorme canasta ocupaba los dos primeros asientos laterales, próximos á la delantera.

— Pero ¿cómo han venido ustedes tan tarde?

— Hemos tenido que recoger las provisiones en casa de Prats, y no abren hasta cerca de las ocho.

— ¿En casa de Prats? ¡Qué barbaridad! ¡Habrá costado un dineral!

— Yo lo pago todo, y á nadie le importa lo que se gasta.

— ¡Ea, arriba todo el mundo!

— ¡Al coche, señores, al coche!

Y en efecto, en confuso tropel y con gran gritería bajaron todos, después de cerrar Julia con doble vuelta la llave de la puerta.

Miguel, recordando la indicación de Lola, ofreció su brazo á las dos, y ambas se cogieron de él. ¡Oh felicidad! Era la primera vez que sentía tan cerca de sí el lindo cuerpo de Matilde.

Luis abría la marcha con un paraguas en cada mano. Roque estaba al estribo. D. Blas cogió en brazos á Julia, y á pesar de que ésta pesaba más de siete arrobas la echó, mal que bien, en el interior del ómnibus, entre los aplausos de Atanasio y los chillidos de su esposa. Roque puso una rodilla en tierra y colocó la otra al borde del marchapié, para que se apoyaran en ella Julia y Lola, Lola sobre todo, al subir al coche, como si se tratara de montar á caballo.

Así lo hicieron ambas, á pesar de las protestas de los estudiantes, mientras Lola decía:

— ¡Hoy no hay pobres! ¡Todo para todos, y todos para todo!

— Se me ha olvidado traer una vela — dijo Julia. — ¡Quién sabe si nos hará falta!

— Sí, para el eclipse.

— ¡Ya vendremos todos alumbrados!

— Cuando ustedes gusten, señores.

— En marcha. ¡Arre, Coronela! ¡Beata, Beata!..

Y entre voces algo prematuras, exclamaciones de alegría, chasquidos de látigo, cánticos de Roque y risotadas de Lola, partió el vehículo.

La verdad es que Miguel intentó colocarse al lado de Matilde, pero ésta se sentó entre D. Blas y Lola, y los estudiantes hubieron de sentarse frente á ellas; pero como los ómnibus son estrechos y el movimiento de semejantes vehículos es siempre brusco, sobre todo por las calles empedradas, las rodillas de unas y otros se tocaban con gran frecuencia. Ellas, ó no lo notaban, ó parecían no advertirse de ello; ellos, por el contrario, lo notaban perfectamente, y hasta exageraban alguna vez que otra los columpios del coche para chocar más á menudo con sus vecinas. ¡Picardihuelas naturales de la juventud! ¡Tentaciones inocentes del amor!

Julia quiso curiosear en la canasta de las provisiones, y Luis ordenó á Roque que no permitiera tocar al arca santa hasta que se bajara en los Viveros. Don

Atanasio fumaba cigarrillo tras cigarrillo y quemaba asientos, ruedo del piso y cuanto encontraba combustible. D. Blas hizo parar el ómnibus en la plaza de Oriente para trasladarse al pescante y arrear á las mulas, que iban á paso de tortuga.

— Perdona, chica — decía Luis á Lola cada vez que tropezaba con ella.

— Usted dispense — repetía Miguel mirando á Matilde.

Ellas sonreían y callaban. No podían hacer otra cosa.

Eran las diez de la mañana cuando el ómnibus se paró frente á la puerta de los Viveros.

Se compraron las entradas; entre un mayoral y un guarda se procedió á bajar la canasta y conducirla al segundo vivero, previa la presentación del permiso municipal. Ya había gente en la primera plazoleta, al lado de los fogones y mesas rústicas. Dióse una propina á los hombres del ómnibus, encargándoles que á las siete de la tarde estuviesen de vuelta, y se destapó la canasta.

¡Sorpresa indecible! ¡El festín de Baltasar! Aquellas provisiones debían haber costado, no doce duros, sino mucho más, pero muchísimo más. Había latas de conservas, arroz para una compañía, galletas para un batallón, pasas y almendras para un regimiento, y un jamón en dulce entero, y dos capones de Bayona, y aceitunas y salchichones! El salchichón se sentenció en el acto á ser devorado para tomar las once... ó las diez,

porque el apetito se había desarrollado de repente y en escala alarmante. ¿Habría bastante pan y vino? Una docena de botellas de Valdepeñas y media de vinos generosos, y dos de ojén y marrasquino, y cuatro de Champagne *Veuve Cliclot*, ¡qué barbaridad!, ¡y no había copas para beberle! ¡Pero Luis se había propuesto arruinar á D. Blas!

Este sonreía, como si no tuviera que pagar aquel banquete digno de una boda. ¡Luis había hecho las cosas en grande!

Un salchichón entero, tres botellas de vino y tres panecillos desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Para explorar el terreno, Luis y Roque llevaron á don Blas á la sillita de la reina, como si se tratara de un mandarín chino; Miguel se acercó á Matilde, y con el pretexto de quitarle el sol con el paraguas abierto, ya no se apartó de ella en todo el día; ¡día feliz! Ella se dejaba querer; no podía hacer menos. Por fin, tras de algunas correrías por los alrededores, un lavatorio general de manos en el río, de limpia y rápida corriente por aquel sitio, y repetidos tragos de agua fresca en las fuentes rústicas, comenzaron los expedicionarios á tumbarse más ó menos cómodamente en el suelo, á la sombra de las acacias y de los álamos negros.

Al pie de un plátano corpulento se sentó Matilde: Miguel, á una vara de distancia, fingiendo una tranquilidad de que carecía, empezó un diálogo casi indiferente, al que prestaban interés sus miradas y sus piros.

Lola y Luis, enfrente de los otros y á corta distancia, charlaban en voz baja. Sus manos se encontraban de cuando en cuando, y se retiraban con precipitación después de haberse estrechado.

Roque ayudaba á Julia á sacar y ordenar todos los comestibles y bebestibles, dejando vacía la canasta.

D. Blas y Atanasio disputaban sobre cuál de los dos subiría con más facilidad á un álamo, y emprendían la operación con caídas continuas y cada vez con más encarnizado empeño.

Aquella atmósfera tibia y agradable, el olor de las rosas y alhélles del plantío, el leve rumor del río, y más que nada aquel ambiente primaveral del año, en completa armonía con la dulce primavera de la vida de las dos amarteladas parejas, convidaba á amar. Planes de reserva y desconfianza en Matilde; de prudente gravedad en Miguel... propósitos inútiles de irónica indiferencia en Lola, de cháchara insubstancial y ligera en Luis.... Todo esto desaparecía ante aquel sol vivificador, ante aquel efluvio magnético del embalsamado ambiente.

Las plantas, los árboles, los pájaros, la tierra y el cielo parecían entonar el himno de la pasión, el *ars amandi* de la naturaleza.

—¡Cómo ambicionaba un momento como éste, para pedir á usted perdón una y mil veces por mi grosero saludo del otro día! Ya mis ojos se lo han indicado mil veces desde entonces; pero sin el perdón pronunciado por sus labios, la vida me es insoportable.

— Ese perdón ya le habrá usted visto también en mis ojos; pero si tanto empeño tiene en oírle, desde hoy se le concedo amplio y entero.

— Mi leal amistad le necesitaba; porque yo soy su amigo, su verdadero amigo, y quiero que usted no vea en mí nada que pueda ofenderla.

— Si hubiera creído que usted era capaz de ofenderme, confundiéndole con otros hombres, no continuaría yo en casa de Julia. Creo en su amistad; es más: necesita mi corazón de un sentimiento noble y desinteresado, y á él se entrega con tranquila confianza.

— ¡Bien haya el instante en que la conocí, y éste más todavía en que puedo, sin peligro de que se ofenda por ello, jurarla la pureza de mis intenciones y la lealtad de mi simpatía! Una joven sola en el mundo y bella como usted, necesita un defensor, un consejero, á quien ni ciegue el amor ni bastardee el egoísmo. No espero más que su confianza; no quiero más que su amistad. Viva usted feliz y tranquila, y cuente conmigo en todo y para todo.

— Acepto su ofrecimiento, y ahí tiene usted mi mano en prueba.

Y se la tendió, en efecto, á Miguel, que la estrechó entre la suya con más fuerza y por más tiempo que si se hubiera tratado de amor en aquel corto diálogo.

Bien dice Maquiavelo, que Dios ha dado al hombre la palabra para disfrazar sus pensamientos. ¡Poder inmenso el de las palabras! Con ellas se puede decir lo contrario de lo que se hace, y fiándose lo mismo de

las que se pronuncian que de las que se oyen, llegar á un punto y conseguir un objeto que, sin hablar, mintiendo de buena fe, no se hubiesen quizá alcanzado nunca.

Ya tenemos á Miguel y Matilde unidos por un lazo afectuoso, muy noble, muy desinteresado, muy puro, pero lazo al fin; y como ni el hombre ni la mujer son ángeles, es decir, espíritus puros que no tienen cuerpo, lanzados inocentemente en el camino de las *liaisons dangereuses*.

Desde aquel momento, y como la cosa más natural del mundo, nada del uno fué indiferente para el otro. Las miradas se preguntaban y respondían; las risas que los labios de ella comenzaban concluían en sonoras carcajadas en la boca de él; se adivinaban los pensamientos; se decían á un tiempo la misma frase, y aquella pública soledad, aquella amistosa entrevista prolongada horas y horas, aquel sol, aquel ambiente, aquel día de campo y de aire libre en seres que tan poco disfrutaban de semejante placer, hizo más camino en aquellos dos corazones que hubiera hecho un mes de entrevistas cotidianas.

A las dos de la tarde, y después de haber jugado á las cuatro esquinas, á saltar, á correr, á columpiarse, el humeante arroz ocupó el centro de la mesa de piedra. No se comió, se devoró; todas las viandas eran exquisitas, los fiambres succulentos, tierno el pan, fuercecillo el vino y la alegría sin límites. Al destaparse las botellas de Jerez y colocarse todos los postres en

la mesa, apareció, como por encanto, dando á Luis una palmada en el hombro, y sin que nadie se hubiera dado cuenta de su llegada, el verdadero anfitrión: Manolito Mendoza.

— ¿Tú por aquí, Manolo? — dijo Luis levantándose y cogiendo de la mano al recién llegado.

Matilde se quedó blanca como la cera. Miguel, que no la perdía de vista un momento y que estaba sentado al lado suyo, notó su palidez y el estremecimiento nervioso de todo su cuerpo, y acercándose más á ella, como para advertirla que era incondicional su protección, se fijó en el rostro de Manolo, á quien conocía también superficialmente.

Los demás ni conocían á Mendoza ni dieron importancia á aquel episodio, naturalísimo en un jardín casi público.

— Amigos míos: aquí tenéis á D. Manuel Mendoza, que lo es muy mío, á quien me permito invitar á tomar con nosotros unas copitas de Jerez. Siento que no haya venido antes para disfrutar de la excelente comida que hemos devorado; pero con lo que falta sobra para hartarse. ¡Sitio! ¡sitio!

— Aquí — dijo D. Blas, haciendo un hueco á su lado á Manolo.

— Antes, señores — dijo Manuel, de pie y con cierto aire solemne que en él no era habitual — permitan ustedes que ejerza un acto de justicia y cante una palinodia.

— ¡Que la cante! — murmuró Roque — veremos qué tal voz tiene.

Luis se había sonreído al contestar con su mirada á una en que Manolo parecía haberle señalado á Miguel y Matilde sentados tan juntitos.

— Has de saber, amigo Luis, y usted, señor Ortiz, á quien no había reconocido hasta ahora (y le tendió la mano, que el otro estrechó apenas sin saber por qué), y ustedes todos, á quienes desde luego ofrezco mi amistad, que poseo varias casas en Madrid, y una de ellas es donde tiene su habitación esta señorita, á quien tengo el honor de saludar respetuosamente delante de ustedes, que serán de seguro todos admiradores de su belleza, pero de seguro menos que yo de su honradez y su virtud.

Tan personal era el elogio y tan imprevista é inusitada la ocasión, que Matilde se levantó ruborizándose. Miguel hizo lo mismo, con el gesto irritado; Luis sonreía, Lola y los demás escuchaban absortos.

— Un momento, señores, no he concluído. Ridículamente cegado por la vanidad, y mal enterado por vecinas y extraños de los antecedentes de esta joven, me atreví á molestarla con mis ofensivas pretensiones, que una y otra vez rechazó ella con digna entereza y sublime sencillez. Indignada y ofendida justamente, ha elegido otro domicilio, mientras con el producto de su honrado trabajo puede saldar la corta deuda que ha contraído con su casero; pero éste, arrepentido de su conducta, y obrando como debe obrar un caballero, viene á pedirla perdón de su yerro; á jurarla que jamás la volverá á ofender ni á molestar, y á proclamar en



Séllese el perdón y la nueva amistad con un brindis

público su virtud y mi derrota, su honradez y mi necedad. A eso he venido, y eso cumplo en este momento con verdadera satisfacción.

Se hubiera podido oír volar una mosca durante esta perorata. Matilde estaba roja como una amapola y sus ojos aparecían velados por unas imprudentes lágrimas de alegría. Delante de su amigo Miguel la proclamaban honrada; ¡qué más podía apetecer! Luis comprendió lo anómalo de la situación y se apresuró á contestar á Manolo en nombre de todos.

— Lo que haces en este momento es digno de un hombre decente, y sólo puede producir elogios á tu conducta. La de Matilde es noble y virtuosa; la tuya digna y honrada. Todos los presentes, amigos de ella y tuyos, aceptamos tus ofrecimientos y te perdonamos en su nombre. ¿No es cierto, Matilde?

— Si ha habido ofensa, ya la había yo perdonado. Su conducta de usted hoy hace que la olvide desde este momento. Y tendiendo la mano izquierda (pues fué la derecha la que tendió tres horas antes á Miguel) á Manolo Mendoza, éste la oprimió ligeramente, se quitó el sombrero y añadió:

— Señorita, acepto el olvido, y jamás tendrá usted que arrepentirse de ser generosa para conmigo.

Matilde se volvió al mismo sitio que antes ocupaba; Miguel, que había observado el ofrecimiento de la mano izquierda, no la dijo más que *gracias* con acento conmovido, y D. Blas, ofreciendo una copa á cada uno de los héroes de la pasada rápida escena, exclamó:

— Séllese el perdón y la nueva amistad con un brindis. ¡A la salud del arrepentido casero! ¡A la felicidad de la hermosa inquilina!

Y todos bebieron una vez y diez y veinte. Manolo se dedicó á obsequiar á Lola y Julia indistintamente, dejando en completa libertad á Matilde y como si no existiera, para cuchichear con Miguel. Aquellos dos amigos corrían que volaban en sus mutuas confesiones. Tuvo Matilde que explicar á su amigo, atenuándolas por cierto, las persecuciones de Manolito; Miguel las exageró en su imaginación, pero confesó que la conducta del humillado seductor, rebajándose en público ante ella, era poco común y digna de elogio.

— ¡Señores! — gritó de pronto Mendoza: — como no puede haber absolución sin que se cumpla la penitencia, y Matilde no me la ha impuesto después de mi confesión, yo me castigo en lo que puede dolerle más á un *casero*, sér avaro y sin entrañas, según todo el mundo afirma. Pague, pues, mi bolsillo las faltas de mi orgullo y de mi vanidad. Todos los gastos de hoy son cosa mía; mi amigo Luis ha corrido con todo, por encargo, según me ha dicho, de D. Blas, que había de satisfacer después las cuentas. Yo me encargo de satisfacerlas, y acepto desde luego el convite con que el mismo D. Blas pagará el mío de hoy, con otro en celebridad de los exámenes brillantes que han de sufrir mis amigos García y Ortiz para acabar este año sus respectivas carreras. No me hagan ustedes todos un

desaire, que no creo merecer ni por mi conducta ni por mi bolsillo, bastante más repleto que el de todos ustedes, y solamente con esa condición acabaremos el día juntos y aceptaré el café que Julia me ofrecerá esta noche en su casa para concluir tan alegre jornada.

— ¡Protesto! ¡protesto! — dijo D. Blas. — ¡Yo lo pago todo! ¡Yo también soy rico y sin familia y sin obligaciones!

— ¡La mar de pesetas! — añadió Roque — y yo sin una.

— Pagará usted otro día; yo pago hoy. ¡Se lo pido de rodillas á todo el mundo! — añadió Manolo, arrodillándose delante de D. Atanasio, que levantándole del suelo con gesto de monarca algo alumbrado, dijo:

— ¡Paga, hijo, paga; yo te lo permito! Afloja la mosca y vamos bebiendo.

Todos gritaban, cantaban y reían, menos los dos amigos, cada vez más amistosamente abstraídos del resto de los humanos. Eso sí, Miguel tenía que apurar en silencio, para que le dejaran pronto en paz, las copas llenas y ofrecidas con frecuencia por Luis, Lola y Mendoza. Matilde apenas las probaba.

De repente lanzó al viento sus notas picadas y su martilleo insoportable un organillo. ¡Música, baile, el colmo de la dicha! Todos ellos bailaron con todas ellas, menos Manolo que tuvo el buen tino de no acercarse á Matilde, para no despertar desconfianzas ni en ella ni en los demás respecto á sus puros propósitos de la

enmienda. Pero el infatigable, el terrible D. Blas hizo prodigios: saltó, bailó con Matilde y Julia á un tiempo, tocó el organillo, dejó caer al suelo á Julia, se subió sobre los hombros de Roque, y por último se durmió dentro de la canasta.

A las siete de la tarde llegó el ómnibus, y eran cerca de las ocho cuando, ya de noche, asaltaron todos el vehículo, en completo desorden. A los pocos pasos hubo que hacer alto. Los dos estudiantes y Manolo decidieron ir á pie á casa. Estaban algo mareadillos con el extraordinario número de sus libaciones, y convinieron en que necesitaban tomar el aire. Bueno es hacer constar que Mendoza, más curtido que los otros en excesos vinícolas, se hacía menos sereno de lo que en realidad estaba, y que Miguel, por el contrario, se sentía excitadísimo.

Roque empezó á cantar en el ómnibus todos *los Sobrinos del Capitán Grant*, con coros y orquesta. Matilde y Lola estaban algo más que contentas, pero nada más que alegres. Julia cuidaba de los sobrantes de la comida, que no eran escasos, y sobre todo de las botellas de Champagne, que no se habían abierto.

Al pasar el ómnibus por las platerías hubo que hacer nueva parada, para que D. Blas satisficiera su capricho de comprar una docena de copas de Champagne; pues decía, y con razón, que era una vergüenza beber el más aristocrático de los vinos en las descabaladas copas de vino tinto que poseía *la Aragonesa*.

Puede que no pasaran de cinco, y cada una de diferente forma y distinta procedencia.

Llegaron por fin á casa los que iban en pies ajenos, y al querer D. Blas pagar al mayoral contestó éste que estaba todo pagado, incluso la propina. ¡Gritos y enojo del generoso huésped; elogios desmedidos de Atanasio y Julia en favor de Manolito, y admiraciones de Roquel!

— ¡Ese hombre es Urquijo, es Bahuer, es Rothschild!... ¡Puede empedrar Madrid con adoquines de oro!... ¡El dinero que llevaba hoy en la cartera no cabe en el Banco de España! ¡Va á construir otra Casa de la Moneda para él solo!

Lola y Matilde hablaban bajo y maldito el caso que le hacían.

— Convéncete de que tu casero será un calavera y un desalmado; pero su conducta de hoy ha sido *correctísima*, como dicen los periódicos. ¡Qué fino, qué desprendido, qué atento! Ya puedes volver cuando quieras á tus cuatro paredes; lo malo es que allí no podrás hablar tanto con Miguelito, si, como acostumbras, no quieres dar que hablar de ti á las gentes.

— Miguel es un chico muy bueno y muy simpático, pero ni él es más que un amigo ni yo seré para él otra cosa.

— En eso estoy; pero como eso de la amistad es tan elástico y las malas lenguas abundan, me parece que tendrás que acortar algo los vuelos amistosos; digo, me parece á mí; pues si has cortado los nuestros, que al

cabo eran entre dos seres del mismo sexo, me parece que serán algo más criticados los que existan entre una muchacha y un joven.

— No temas, Lola; ya sabes que para mí la opinión pública está sobre todo en el mundo; pues aún está sobre ella el juramento que hice á mi madre.

Mientras así hablaban las dos compañeras, Luis, Miguel y Manolo caminaban á pie en dirección á la calle de Atocha. Luis abría la marcha con el sombrero en la mano y el andar demasiado firme para ser natural. Le seguían los otros dos, de bracero, en animada conversación.

Más de tres veces pronunció Miguel el nombre de Matilde, acompañado de mil elogios, y otras tantas reiteró Manolo su respeto y su propósito de no hacer más que saludarla en adelante, aunque la viera mil veces. Era el mejor modo de conquistar el afecto de aquel pobre enamorado. Manuel conocía que ella debía estar preocupada con la imagen de otro hombre; que debía amar en secreto, y que sería de seguro apasionada y amante con el que ella quisiera, como había sido de roca, insensible y adusta con él por haber llegado tarde.

Y tarde llegaron ellos á la casa, donde los esperaban en el comedor todos los compañeros de *juerga*, con los cafés que había ido Roque á buscar al de Zaragoza, las botellas de Champagne, las de licor, pastas y las copas nuevas.

Se destaparon todas, y todas se bebieron. Reiterá-

ronse las protestas de amistad; enterneciéronse los de más edad y se mostraron algo más suspicaces los jóvenes, caracteres marcados y comunes de las *papalinas* más ó menos declaradas. Subióse el diapasón de las voces... se gritó, se disputó, hubo abrazos y protestas, y por fin D. Blas, presidiendo de hecho y de derecho aquel cotarro, dijo:

— Señores: se levanta la sesión. Son las once de la noche y es hora de recogerse. Usted, Sr. Mendoza, á la calle; ustedes, señores estudiantes, á su cuarto á dormir la mona, que la tienen de órdago, y nosotros, que somos los más juiciosos, desfilaremos después en correcta formación por el regio pasillo. Basta de conversación, y mañana hablaremos. He dicho.

— ¡Bravo! ¡bravo! — dijeron todos aplaudiendo al orador; y para cumplir sus deseos se levantaron con bastante dificultad, y empezaron á marchar, con paso más que incierto, Manolo, Luis y Miguel, mientras Julia y las dos muchachas pretendían arreglar botellas, copas y loza en el comedor.

Al salir los tres muchachos al corredor, y á una seña de Luis, Manolo empujó á Miguel, que casi no podía tenerse en pie, al cuarto de Matilde, y cogiéndolo en vilo con tanta fuerza como rapidez le echó en la cama de la modista, donde cayó como un tronco.

Volvió á reunirse en el acto con Luis en el pasillo, y éste entró en su cuarto, quedándose en el umbral de la puerta, como si Miguel hubiese ya entrado en él,

llamando á gritos á Roque, para que bajara á abrir la puerta de la calle á Manolito.

Corrió Roque á los gritos, y saliendo los dos por la puerta de la escalera cerró Luis la de su cuarto y se acostó vestido en la cama. Ni él mismo se daba cuenta clara de lo que había hecho con Miguel.

Poco á poco fueron retirándose todos á sus habitaciones, ya dormidos por dentro, quedándose Matilde y Lola en el cuarto de ésta algunos momentos, como si aún no hubiesen tenido bastante tiempo para comentar los acontecimientos del día. Pero Lola se dormía á pedazos, y Matilde la dió un abrazo y un beso más apretado que de costumbre, dejándola por fin sola y acabando de desnudarse.

Como el día estaba tan hermoso cuando salieron por la mañana, Matilde había dejado la ventana abierta. Entró en su cuarto con la vela encendida; pero al ir á cerrar la puerta, una ráfaga de viento apagó la luz.

— Esto es darme prisa para acostarme — se dijo sonriendo la muchacha; y como primera medida, para evitar que el relente de la noche pudiera causarla un enfriamiento, cosa muy posible en el estado arrebatadillo en que se encontraba, cerró la ventana y se dirigió á tientas á la mesa de noche para buscar fósforos y volver á encender la vela. Sus manos no estaban muy ágiles y no parecía la caja. — No importa, rezaré y me acostaré á oscuras.

Dicho y hecho. Murmuraron sus labios una salve en

memoria de su madre, según tenía por costumbre, y cayeron al suelo la falda y el cuerpo de su vestido. Tras éstas, con precipitación nerviosa y la imaginación entregada, á pesar suyo, al recuerdo de Miguel, cayeron las demás prendas de vestir.

La gentil criatura, bella como una Venus y pudorosa como una virgen, extendió la mano por su cama para coger el embozo de la sábana, y un grito de angustia y de terror resonó por la habitación cerrada.

— ¡Socorro! ¡Un hombre! ¿Quién está aquí?

Quiso correr y sus pies se negaron á ello. Aterrada por la sorpresa, más aún que por el miedo, se acurrucó en el primer rincón con que tropezaron sus brazos, y allí prosiguió con sus gritos de angustia: «¡Lola! ¡Julia! ¡Socorro!»

Parecía que la casa era un sepulcro.

— ¡Eh! ¿Qué es eso?... — dijo una voz de hombre desde el mismo lecho de Matilde.

Un silencio mortal acogió sus voces.

— ¡Socorro!... — continuaba ésta.

— ¡Esa voz! ¡Soy yo, Miguel! ¡No tenga usted cuidado! ¿Qué pasa?

— ¿Y usted me lo pregunta? ¡Infame! ¡cobarde! — aulló, casi rugiendo de furor, Matilde. — ¿Para qué ha venido usted á mi cuarto? ¿Por qué está usted en mi misma cama? ¡Socorro! ¡Es usted un canalla, un miserable! ¡No se acerque usted á mí, no me busque en la obscuridad, porque soy capaz de despedazarle con mis propias manos, de morderle... de matarle! ¡Gritaré

hasta que me oigan y acudan á defenderme del hombre más villano que ha nacido de madre!

— ¡O usted ó yo estamos locos! — dijo Miguel buscando á tientas, no á Matilde, sino la puerta de la habitación. — Si este es su cuarto de usted, yo no sé cuándo ni cómo he entrado en él; pero la juro por la memoria de mi padre y por mi salvación eterna que no ha sido para ofenderla ni deshonrarla. ¡Ya me voy ahora mismo! No tema usted ni me insulte; soy inocente aunque parezca lo contrario, y sólo estoy buscando la puerta para huir.

— Salga usted, huya de aquí ahora mismo si quiere que le crea, lo que conceptúo imposible.

— ¡Se lo juro mil y mil veces por Dios crucificado, por la Virgen Santísima... ¡Ah! Por fin... ¡Gracias, Dios mío!

Y tropezando con la puerta, salió por ella diciendo á Matilde, aterrada y confusa:

— Ya ve usted, nadie contesta, nadie nos oye. Yo la adoro, ahora puedo decirlo; yo la amo como un insensato; pero la respeto tanto como la quiero, y me voy de aquí, dejándola á usted sola é indefensa y tan pura y honrada como la he conocido. ¡Adiós, alma mía! Sólo su recuerdo me hace estremecer de pasión y de deseos; soy joven, estoy loco y la adoro; pero antes que atentar á su honra me mataría.

Y dió un portazo y salió, ebrio de amor, pero sereno de espíritu, andando á tientas por el pasillo.

Matilde corrió á la puerta; echó por dentro llave y

cerrojo, y pegando sus labios al quicio, con un suspiro ardiente y enamorado dijo, de modo que casi ella no pudo oírlo:

—¡Y yo te amo con todo mi corazón! Tuya, sólo tuya será en el mundo esta mujer, á quien salvaste la noche que la conociste, á quien acabas de salvar ahora de la ocasión, del amor, de ti... y de mí misma!

Y cayó en el suelo sin sentido, víctima de tantas emociones.





Miguel había devorado en aquellos veinte días de encierro...

CAPÍTULO UNDÉCIMO

FIN DE CURSO

Tan asiduo fué el trabajo extraordinario á que se consagró Matilde desde el día siguiente al de la comida de campo hasta el 8 de junio, que parecía imposible que aquellas manos pudieran hacer tal número de primores... Cifras, escudos, letras, todo salía de ellas con la perfección más admirable y con la blancura de la nieve. Verdad es que se levantaba al amanecer y trabajaba hasta las siete: era la primera que entraba en el taller y la última que salía; y después de la comida, que hacía á escape, se encerraba en su cuarto á bordar hasta las doce ó la una de la noche.

No se resintió su salud en aquellos veinte días, pero

adelgazó algo y sus ojos empezaron á sentirse cansados de tan extraordinaria tarea. Desde el 1.º de mes la Señora, como llamaban las oficialas á la dueña del almacén de modas, distinguió á Matilde de sus compañeras señalándola dos reales diarios más de jornal, no tanto por su conducta ejemplarísima, cosa que después de todo debía á la comercianta tenerla sin cuidado, como por su asiduidad y perfección en el trabajo. Aquel aumento de ingresos y los veinte duros que la dieron por sus bordados en *Las Hijas de Bianchi* eran para ella una fortuna.

Pagó á Julia lo que la debía á razón de cinco reales diarios, pues la buena patrona no quiso cobrarle ni un céntimo más, y remitió á Manolito Mendoza, por conducto de Roque, los dos meses atrasados y uno completo de adelanto. El casero quiso averiguar por el que le entregaba aquellos fondos á qué debía su inclinación tal cantidad de duros; pero ¡bueno era Roque para meterse en vidas ajenas! Pagó, pidió los recibos y no contestó una palabra.

Amoscado estaba el tal Manolito con el silencio que guardó Luis con él las dos veces que intentó saber cuál había sido el resultado de su *inocente* broma. Sea que el remordimiento de su mala acción hubiera hecho en Luis, que no era un miserable, mella profunda, y no quisiera hablar de semejante cosa; sea que su cabeza, aturdida completamente por los vapores del vino, no guardara en efecto memoria, como él decía, de cuanto había pensado ó hecho desde su salida de

los Viveros hasta que despertó á las diez de la mañana del siguiente día sentado en el suelo de su cuarto, ello es que Mendoza no pudo sacar nada en limpio de su perverso plan, llevado á cabo con la rapidez y la astucia de un bandido y cuyo resultado se envolvía en la obscuridad del olvido.

En cuanto á Miguel, que llegó á tuestas á su habitación después de la escena terrible, no pudo dormir en el resto de la noche: sólo sabemos que pasó todo el día en la cama con algo de fiebre; que exigió de Luis que jamás volviera á hablarle del día de campo, y que nunca supuso que Manolito ó su compañero le habían arrojado sobre la cama de Matilde. Sus ideas confusas no le explicaban aquel fatal error de habitación; aunque le parecía imposible haber procedido de aquel modo inconscientemente, más absurdo le parecía aún que lo hubiera hecho con premeditación y alevosía, aguijoneado por su amor á la bella bordadora.

Rojo de vergüenza cuando la vió á los dos días, no acertó ni á dirigirla la palabra; pero ella, como si nada hubiese sucedido, como si no tuviera de su conducta la más mínima queja, le preguntó por su salud, le tendió la mano como siempre al dirigirse á la calle y le dijo delante de todos:

—Creo, vecino, que ya es hora de tener juicio, y de dejarnos de locuras y calaveradas propias de los capitalistas como D. Blas, pero perjudiciales á los pobres como nosotros. Ustedes á estudiar, nosotras á coser. Yo pienso poder volverme á mi casita dentro de

quince ó veinte días, después de pagar todas mis deudas, y ustedes para la misma fecha tienen que haber salido brillantemente de sus exámenes de fin de curso y de carrera. Conque ¡a éllo! Tanto Lola como yo procuraremos no distraer de sus estudios á nuestros amigos estos días, y ellos serán tan buenos estudiantes, como fueron el domingo excelentes gastrónomos y sublimes bailarines.

— ¡Vivan las mujeres de juicio, y no nos falte nunca quien nos aconseje de este modo! — dijo Luis un poquillo avergonzado. — Aprenda usted, doña Dolores, y siga usted el ejemplo de su amiga, no exigiendo en estos quince días más que saludos cortos y poquitas palabras.

— Ni esas siquiera, si á usted le perjudican, señor Licenciado — dijo Lola.

Miguel tocó apenas con dos dedos la mano que Matilde le ofrecía, y verdaderamente conmovido sólo pudo decirle:

— Doy á usted gracias con toda mi alma, en nombre de mi madre, á quien parece que he oído hablar por su boca. Usted quedará muy contenta de su amigo, ya que me honra inmerecidamente con tal nombre.

— Esto parece una reunión de diplomáticos, por lo serio y lo grave — dijo D. Blas. — Pero y yo ¿qué voy á hacer mientras ustedes estudian? ¿Qué va á ser de mí en estos quince ó veinte días de trabajo general?

— Pasee usted con D. Atanasio — dijo Luis; — haga usted el amor á nuestra patrona, si ésta no le pega á usted un sartenazo, ó dedíquese á la zarzuela antigua con Roque, que es maestro en el arte. Con nosotros no cuenta usted para nada.

— ¿Y la comida que debo pagar á D. Manolito, en justa correspondencia á la que nos ha dado anteayer de modo tan original y fastuoso?

— Se la paga usted á él solo en Lhardy á mil reales el cubierto. Con nosotros no cuenta usted para nada. Una y no más; ¿no es verdad, Miguel?

Eso dijo Matilde mirando al estudiante, que bajó los ojos sin contestar una palabra. Y desde aquel día se llevó á cabo con una increíble regularidad el plan de Matilde. Ellos estudiaban de día y de noche sin levantar cabeza; ellas cosían ó bordaban sin levantar mano, y la casa parecía un convento, pues D. Blas se llevó á Atanasio á visitar el Escorial, Aranjuez y Toledo.

Así transcurrieron aquellos veinte días, al fin de los cuales Matilde pudo reunir el capital que hemos dicho y pagar sus atrasos, regresar D. Blas y Atanasio de sus expediciones, celebrarse las paces entre obreros y patronos de Roque y Julia y llegar Miguel al día de su examen.

¿Quién no recuerda aquellas horas de angustia que preceden al momento solemne en que van á verse realizadas ó deshechas las esperanzas concebidas durante un año de estudios? Y cuando no se trata de un

solo año de carrera, sino del último de cualquiera de ellas; ¡cuando de ésta depende quizá el porvenir entero de una familia, la salud de un padre, la vida de una madre!

Miguel había devorado en aquellos veinte días de encierro claustral las dos asignaturas últimas, únicas que había dejado para el año y que eran entonces *Teoría de los procedimientos judiciales y práctica forense* y *Derecho mercantil y penal*. Estaba segurísimo de salir por lo menos aprobado en ellas; pero ¿y los ejercicios que componían después la Licenciatura? Para esos sólo le quedaban quince ó veinte días, pues tenía empeño en no dejarla para septiembre y en poseer su título de Abogado antes de julio.

Era, como hemos dicho al empezar este capítulo, el 8 de junio, día en que Miguel debía examinarse. Matilde había pagado el día antes sus deudas, y por la noche convinieron todos en que Luis acompañaría á Miguel á la Universidad; al día siguiente presenciaria el examen, aguardaría á saber las notas y llevaría la noticia al taller de las muchachas y á casa de Julia, mientras el examinando dirigía un telegrama á su madre y la escribía después aquella misma tarde, anunciándola sus planes para tomar el grado.

Si como todos esperaban, el resultado era satisfactorio, se tomaría café *sin gotas* aquella misma noche en el comedor, y á la mañana siguiente acompañarían Lola y los estudiantes á Matilde para reinstalarla en su antigua habitación, ya que tenía en su

bolsillo los recibos de Manolito y era una deudora solvente.

Miguel pasó la noche en vela, y Luis le acompañó parte de ella, haciéndole preguntas del programa de las dos asignaturas, sin entender ni aquéllas ni las respuestas de Miguel, pero adivinando por la seguridad del estudiante que sería indubitable el triunfo.

Y así fué en efecto. Las notas alcanzadas fueron notable en la primera y sobresaliente en la segunda, después de media hora larga de examen; pero con grandísima sorpresa y no poco disgusto observó Luis que Miguel no participaba de su expansiva alegría. ¿Le dolía no haber salido sobresaliente en las dos asignaturas? Eso no tenía importancia alguna. Al concluir la carrera, ¿qué significaba una nota algo menos brillante? ¿Tanto era su amor propio?

Miguel se sonrió al escucharle y le aseguró que no le mortificaba semejante cosa.

— ¿Por qué estás tan serio entonces, y no ríes y chillas como yo?

— Porque al verme ya hombre casi, pues sólo me falta para serlo de veras tener el título de Licenciado de Derecho en mi bolsillo, ó lo que es lo mismo, quince días más de trabajo, comienzo á pensar en la responsabilidad que contraigo con mi madre primero, conmigo mismo después y con el mundo y la sociedad más tarde. Hasta hoy todas mis acciones han podido juzgarse como hijas de los pocos años; como niñerías más ó menos pretenciosas, pero niñerías al fin: desde

hoy, todo paso en falso, toda acción impensada, puede empezar á labrarme una reputación de poco serio, ó de aturdido, que podría perjudicarme en lo futuro.

— ¡Pues hombre, si el día que yo me encuentre Médico hecho y derecho he de mudar de carácter, de gustos y de costumbres, casi estoy por no examinarme y continuar siendo estudiante crónico hasta el fin de mis días!

— Tan falso es eso, que quizá tú más que otro alguno, y más que yo sobre todo, tienes ya premeditados cambios y transformaciones sociales y personalísimas para el día en que seas Licenciado en Medicina. ¿Me equivoco, ó estoy en lo cierto?

— Casi, casi — dijo Luis sonriéndose. — En fin, déjame á mí, y hablemos sólo de ti hoy, que es á quien corresponde el papel de protagonista. Ve al telégrafo y dirige á tu madre el parte de rigor, mientras yo me paso por el taller de las chicas, que esperarán impacientes mi llegada. Después iré á casa, donde te espero para que escribamos juntos á la viejecita y donde te recibirán ya con himnos triunfales D. Blas y los patronos, sin olvidar al moscardón de Roque, que te cantará sus trozos más escogidos.

— Si te parece, alteremos el programa. Hazme tú el favor de poner el telegrama á mi madre en mi nombre con estas solas palabras: *Notable y sobresaliente — Dentro del mes de junio grado — Besos — Miguel*. Yo pasaré por el taller mientras, y luego nos reuniremos en casa.

— ¡Ya! ¡Quieres llevar tú mismo la noticia á Matilde!

— A Matilde y á Lola; las dos son muy buenas chicas.

— Muy buenas, bonísimas; pero no vendría mal que la seriedad que querías imprimir desde hoy á tu vida comenzara por ese capítulo que pertenece sin duda á las niñerías más ó menos presuntuosas de que hablabas antes. ¿No te parece?

— Yo no soy más que *amigo* de Matilde, y como nada la he prometido ni nada tengo que cumplirla, creo que tu consejo ó advertencia están completamente desnudos de fundamento.

— Más vale así; tampoco yo soy más que *amigo* de Lola, puesto que no es mi querida ni la he dado palabra de casamiento siquiera, y sin embargo no me creo desligado del todo de su cariño. Porque créeme, chico: eso de la *amistad* entre jóvenes de distinto sexo, que se ven y se hablan todos los días, y que además, como nos sucede á nosotros, viven bajo el mismo techo, por más que el techo esté muy separado y las puertas tengan cerrojos y llaves, parece *grilla*. Esas relaciones amistosas se han llamado siempre *amor*, aunque las vistas con el disfraz que quieras; y *hoy*, lo que más nos conviene á los dos es estar completamente libres de semejante tirano.

— Yo no sé si amo á Matilde — contestó algo turbado Miguel, — y sé menos aún si ella me ama; pero lo que puedo decirte es: que no ha habido entre nosotros la menor explicación sobre ese punto.

— Entonces tanto mejor, y deja que la situación recíproca se quede para siempre en el mismo estado. Eso exigen tu porvenir y el suyo y vuestra mutua conveniencia y felicidad. Por fortuna para mi deseo, las circunstancias vienen á favorecerle. Matilde se vuelve mañana á su antigua casa y ya no la verás siempre, aunque quieras, á tu lado, sino sólo cuando la busques; y tú no irás á perder el tiempo en buscarla, teniendo que dedicarte dos ó tres semanas á repasar de día y de noche para el ejercicio del grado.

— Eso es mañana. Hoy tengo gusto en darles yo mismo la noticia de mi examen.

— Como quieras. Yo al telégrafo, tú al taller: hasta luego; venga un abrazo último de enhorabuena, y ¡Dios te ayude!

Estrechó Luis entre sus brazos cariñosamente á Miguel y le dijo al separarse de él:

— Dentro de cuatro días harás lo mismo conmigo, si soy tan afortunado como tú.

— Estoy seguro de ello — contestó Miguel; y subiendo en un tranvía, mientras Luis le contemplaba desde la acera, metió la mano apresuradamente en su pecho. ¿Qué buscaba en aquel bolsillo de su chaqueta?

Una rosa marchita, una niñería... como hubiera dicho Luis, si hubiese podido verle sacar la rosa, darle dos ó tres besos apasionados y guardarla respetuosamente en su cartera.



¿Qué buscaba en aquel bolsillo de su chaqueta?

Era una rosa que Matilde tenía colocada en el pecho la noche antes, cuando la conversación rápida de la cena. Miguel la miró dos ó tres veces con deseos de poseerla, y sus miradas no se escaparon á la muchacha. La desprendió de su pecho, la acercó dos ó tres veces á sus labios, mordió su tallo con aquellos dientes menudos y blanquísimos, y sin embargo no se la dió. Aquel juego de coquetería había puesto á Miguel de mal humor; pero al abrir la puerta de su cuarto aquella mañana, cuando ya se habían marchado al taller las muchachas, vió con sorpresa y júbilo que la pobre rosa marchita y lacia estaba colocada en el ojo de la cerradura. ¡Era para él! Matilde la había tenido sin duda toda la noche cerca de su seno ó de sus labios, y se la ofrecía como mensajera de sus esperanzas y talismán para conjurar los riesgos del examen.

Y Miguel había correspondido á aquel recuerdo con el de la imagen adorada de su dueña, que ni un momento se apartó de su imaginación durante el peligro.

El tranvía andaba menos que un carro; al llegar á la plaza de Santo Domingo, Miguel, ardiendo de impaciencia, casi se arrojó de él y emprendió á pie una disimulada carrera hacia la plaza del Angel, donde llegaba jadeante diez minutos después. Detúvose un minuto para respirar y serenarse; sacó otra vez de la cartera la marchita rosa, y con ella tan pronto en la mano como en los labios se adelantó al almacén de modas.

¡Hay un Dios para los enamorados! Detrás de los cristales de la puerta central, la linda cabeza de Matilde se destacaba como en un nimbo de oro. Estaba allí por él, no cabía duda, pues al verle de lejos, abrió la puerta contraviniendo á todas las reglas establecidas en tiendas y talleres y le esperó impaciente.

— ¿Qué?..

No tuvo tiempo de acabar tan rapidísima pregunta.

— ¡Sobresaliente! — contestó Miguel, algo encarnado por la pequeña mentira, que igualaba una asignatura con otra. ¡Pueril vanidad disculpable en el hombre! Después de todo, ¿qué más daba para el resultado total ni qué entendía Matilde de notas de examen?

— ¿Mi rosa? — dijo Matilde.

— Sobre mi corazón y en mis labios — contestó Miguel enseñándola.

— ¡Desde hoy estará siempre sobre el mío! — dijo Matilde arrebatándosela y cerrando la puerta.

En aquel rápido instante fué Miguel el hombre más feliz de la tierra.

Pero ya no había lugar á la duda ni á las interpretaciones. Recordaba él vagamente que al salir del cuarto de Matilde la noche de su inocente infamia, la confesó su amor, la juró adorarla eternamente... pero todo aquello podía haber sido un sueño, como el hecho mismo que había motivado tal confesión. Se figuraba él que detrás de aquella puerta, donde se había quedado un momento inmóvil, la voz de Matilde le jura-

ba también amor eterno... ¡Ilusión de los sentidos quizá!..

Si Matilde no le hacía la menor alusión á semejante escena, si no se manifestaba resentida ni temerosa con él, claro es que la escena tal como la recordaba y las palabras de uno y otro ¡eran un sueño!.. No habían existido más que en su cerebro. Cada uno se había retirado á su cuarto; él estaba beodo... ¡y no había sucedido nada!

Las miradas de Matilde, que á él le parecían responder á las suyas, podían no decir nada de lo que él se había figurado... Alguna que otra palabra que demostraba cariño... la amistad podía dictarla... En fin, ellos no se habían dicho nada claro... Todo eran suposiciones, cálculos...

Pero lo de la rosa no era ni un juego ni una ilusión. El paso estaba dado; no se habían dicho nada, pero todo estaba dicho.

«Yo he tenido la rosa en mis labios y sobre mi corazón.»

«¡Desde hoy estará siempre sobre el mío!» le había respondido Matilde. En eso no cabía duda ni interpretación. Eso se hace cuando se ama, y sobre todo sólo cuando se adora se dice. Era no sólo una confesión del estado actual de su alma, sino un compromiso para el porvenir. *¡Estará siempre...* es decir, hoy, mañana, todos los días!.. á pesar del pudor natural de toda mujer, á pesar de sus propósitos de prudente reserva como muchacha honrada, á pesar del horrible

lance de aquella noche, si aquel lance había en efecto existido. Y él también lo había dicho bien claro. Se amaban y se lo decían. Ya había palabras y juramentos mutuos y hasta una prenda de amor... ¡la rosa pedida y otorgada!.. ¡la flor besada por ambos y recogida por ella para colocarla definitivamente... *para siempre* sobre su corazón, como en un santuario, como en el ara del sacrificio!

¡Amar! ¡y amar por primera vez! ¡y ser correspondido! Es decir, ¡la dicha suprema, la felicidad más grande de la tierra!

¡Inestabilidad de las cosas humanas! ¡Planes, cálculos, propósitos, fuerza de voluntad, resoluciones enérgicas, prejuicios sensatos... todo inútil, todo destruído... todo caído por tierra, por una mirada, por una sonrisa, por una palabra!

No hay más que una fuerza invencible, una ley poderosa, ante la cual se estrellan todas las leyes divinas y humanas: el amor, la pasión, la irresistible atracción de los dos sexos.

Miguel había resistido hasta entonces todas las atracciones, porque no las había experimentado; Matilde no había escuchado jamás á ningún hombre, porque todos le eran indiferentes... ¿Hacerse él esclavo del amor? ¡Qué locura! ¿Exponerse ella al abandono, al desengaño, á la desgracia de toda su vida por un hombre? ¡Qué absurdo! ¡Qué insensatez!

Y ya el loco y la insensata no podían vivir el uno sin el otro. Como si una plancha de fuego hubiera

grabado en cada corazón la imagen del ser querido, así abrasaba sus entrañas aquella lumbre inesperada y de la cual habían ambos renegado antes de conocerla y de sentirla.

Y para la pasión no hay lógica ni razón ni justicia. Supongamos que en vez de ser Miguel el hombre audaz que Matilde encuentra aquella noche en su propio lecho, hubiera sido Manolito ó Luis... ¡ó cualquier otro! ¡Qué explosión de odio hubiera invadido el corazón de la pobre niña! ¡Qué aborrecimiento tan tenaz y tan justo le hubiera inspirado siempre! Pero... era Miguel, y el hecho brutal, la infamia premeditada, pues ella no debía creer otra cosa, desaparecieron y se borraron ante el recuerdo del desenlace. La fuga del seductor hubiera sido en otro una vergüenza, una cobardía, como digno remate de un proyecto infame... en Miguel fué un rasgo de heroísmo, una virtud, una sublimidad.

Nada es verdad ni mentira
En el mundo del amor;
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

Así dijo un poeta del siglo XVII, y esa es la única razón que puede dar el amor, para no tener ninguna.

Reuniéronse aquella noche alrededor de la mesa del comedor, según lo convenido, todos los invitados al café, que Miguel pagaba. Tuvo el anfitrión que

explicar minuciosamente todas las peripecias del examen y enterar á sus amigas de lo que faltaba para ser Abogado. Al día siguiente presentaría en la Universidad la solicitud pidiendo el examen para el grado. A los diez ó doce días, pero siempre dentro del mes de junio, le contestarían comunicándole los nombres de los que constituirían el tribunal y señalándole día para hacer los ejercicios. Pagaría cinco duros por la papeleta y llegaría la fecha deseada. Constitución del tribunal, terror del neófito... detalles de la ceremonia.

En un bombo se meterían tres papeletas comprendiendo tres números del programa de todas las asignaturas de la carrera. Sorteo y elección de un punto. El secretario se lleva al reo á la biblioteca; allí le facilita los libros que desea y permanece encerrado tres horas largas, mientras el tribunal se reúne y vuelven á buscarle.

Sobre la materia elegida, únicamente, habla el interesado veinte minutos como *mínimum* y como *máximum* hasta que los jueces dicen «basta.» Entonces comienza una serie de objeciones que le hacen éstos, rebatiendo sus argumentos y poniéndole en un brete á fuerza de textos, leyes y ejemplos de casos prácticos, á los que él ha de contestar satisfactoriamente, siempre dentro del punto concreto.

«Puede usted retirarse,» le dicen, y acaba con esto el primer ejercicio.

Durante media hora se pasea el examinando por los

claustros, ó toma el aire en la calle, ó si su estómago lo permite sorbe en el café próximo una taza de café puro, que excita más sus nervios en vez de calmarlos. Mientras él se entrega á este paseo, se dicta su sentencia en el Areópago.

Vuelven á llamarle y empieza el segundo ejercicio, que consiste en preguntas *ad libitum* por los jueces sobre todas las asignaturas que comprende la carrera. Esta batalla decisiva, resumen de todos los tormentos y prueba de todo el valor humano, dura una hora, más larga que todas las de la vida. El secretario se levanta á una señal del presidente, y entregando á la víctima la papeleta de examen, le dice abrazándole: «Sea enhorabuena, compañero.» En la papeleta está escrita la calificación que han merecido los ejercicios y que ha de ser una de estas cuatro:

Aprobado por mayoría.

Aprobado por unanimidad.

Sobresaliente por mayoría.

Sobresaliente por unanimidad.

— Como yo no soy un sublime estudiante, y con poco me contento, leo mi papeleta. En ella dice: «Aprobado por mayoría;» devuelvo el abrazo al secretario. saludo á los jueces y me voy á la calle tan abogado como Montero Ríos.

— ¿Y nada más? — exclamaron todos.

— A los pocos días, ó á los muchos, cuando yo quiero, pago los derechos, que son un capital, y saco

mi título, que coloca mi madre inmediatamente en un marco elegante en la pared de mi despacho, y que probablemente no volverá á servirme para nada en el mundo.

— Pues señor, la cosa me parece tan sencilla— dijo Lola, — que no comprendo cómo no somos Abogados todas las mujeres. ¡Hablar veinte minutos, y luego responder una hora á cuantas preguntas le hagan á uno. ¡Pues no hablaría yo poco! En fin, ¡injusticias de la suerte! ¡Ya les haría yo á ustedes adornar un sombrerito de moda, y entonces verían lo que es bueno!

Muy preocupado estaba Miguel con la seriedad de Matilde aquella noche; pero las emociones del día habían sido tan grandes, que durmió como un bienaventurado de un tirón hasta las seis de la mañana, hora marcada por Lola para acompañar á Matilde á reinstalarla en su domicilio. Ésta antes de acostarse se despidió de los patrones, de D. Blas y del pobre Roque, que aquellos días andaba cariacontecido y con menos ganas de zarzuelear que de costumbre. Luis se quedaría durmiendo, pues había estudiado casi toda la noche y dentro de cuatro días se examinaba del segundo curso de clínica médica y quirúrgica, medicina legal y toxicología y obstetricia. Lola y Miguel debían acompañar á Matilde.

Tierna fué la despedida, porque Matilde se había granjeado con su dulce carácter el afecto de todos: más tierna aún que las otras la de Julia, bonísima ciem-

pozuelera digna de ser aragonesa auténtica; y prometiéndose mutuamente verse á menudo, quedó establecido que aquella casa sería siempre de Matilde, con preferencia á cuantos huéspedes llegara á haber en ella, incluso el teniente coronel si volvía á sentar allí sus reales.

A la hora marcada salieron las dos chicas con sendos y voluminosos paquetes, acompañadas de Miguel. Lola hizo el gasto de la conversación, porque los otros dos no despegaron sus labios hasta llegar á la casa de la calle del Salitre. Detuviéronse los tres en la puerta de la calle, y si no es por Lola que se empeñó en que el Abogado había de subir con ellas, allí mismo iban á separarse.

¡Cómo latía el corazón de Miguel, subiendo la escalera y penetrando en la habitación de Matilde! Quitóse el sombrero con naturalidad respetuosa, y permaneció en pie un minuto escaso, transcurrido el cual,

— Ya está usted en su casa, — dijo á Matilde. — Sea usted tan feliz en ella, como nos ha hecho dichosos con su presencia en la nuestra, y no se olvide usted de los que la han de recordar eternamente.

— Gracias, amigo mío: no le digo á usted que venga á visitarme, porque eso no es conveniente, pero nos veremos. Yo se lo prometo.

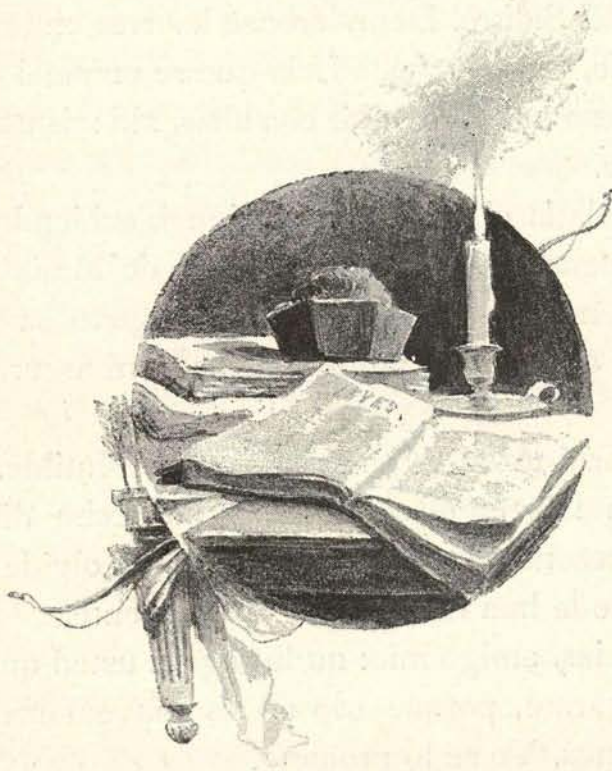
Se dieron las manos, y en la puerta de la escalera, mientras Lola colocaba los paquetes sobre la cómoda, Miguel, con rapidez inexplicable, besó ardientemente

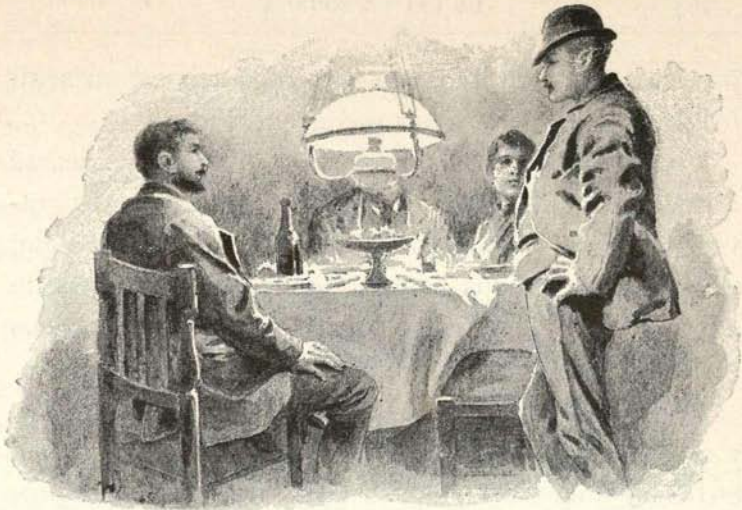
la mano que tenía entre las suyas y que no se retiró al sentir el beso.

— Adiós — dijo Matilde con acento conmovido.

— Hasta luego — murmuró Miguel con voz tan baja que casi no debió oírlo Matilde.

— ¡Hasta siempre! — le respondió ésta en voz más baja todavía.





A pesar de la bromita con que concluyó su perorata.....

CAPÍTULO DUODÉCIMO

LA DONNA É MOBILE...

La casa parecía otra. Poco tiempo había vivido Matilde en ella, pero se la echaba de menos continuamente por todos; y lo más extraño es que siendo ella la menos alegre, parecía haberse llevado la alegría de todo el mundo. Hasta el mismo D. Blas, siempre tan afectuoso, tan corriente, tan bromista, parecía preocupado. ¿Por qué? Ni él mismo sabía darse cuenta de semejante preocupación. Habiendo sido su existencia pasada de estudiante tan divertida, tan ligera, tan retozona, y habiendo ahora venido á Madrid para gozar despertando los recuerdos de su juventud, quien parecía despertárselos más profundos, más gratos, era

precisamente Matilde, con sus ojos tristes, su semblante serio y su carácter reconcentrado.

Con las ocurrencias de Lola reía á carcajadas, se divertía verdaderamente; pero con las respuestas graves, con los pensamientos melancólicos de Matilde, se acentuaba en sus labios aquella típica sonrisa de amable complacencia, que sin duda había sido en sus tiempos juveniles una de sus mayores seducciones.

Presenció el examen de Luis, que salió aprobado, y quiso que se celebrara su triunfo con una comida en el Inglés ó en Fornos; pero todos desecharon la proposición, rogándole que dejara sus generosos proyectos para después de los ejercicios definitivos y toma de los grados respectivos. Los exámenes de curso eran ya mucho, pero no eran todo, y las preocupaciones de todos no hubieran dado al convite animación ni alegría. Matilde no había vuelto á parecer. A Miguel no se le veía más que á las horas de comer y desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana, mitad de cuyas horas dedicaba sin descanso al repaso de las diferentes asignaturas de su carrera. Pero apenas dirigía á nadie la palabra. El mismo Luis tenía que sacárselas del cuerpo como con tenazas; y una vez que se permitió cierta broma respecto al empleo de sus horas libres, le contestó tan desabrida y resueltamente, que decidió su amigo abstenerse de continuar con sus indirectas.

Pero lo más grave, lo más increíble de todo, fué lo que sucedió quince días después. Salió una mañana

como de costumbre; dijo que no volvería á almorzar, y en efecto, sólo regresó á las ocho de la noche. Al concluir de comer y con el sombrero puesto para volver á salir, dijo como si se tratara de una cosa insignificante:

— ¡Ah! Se me olvidaba decir á ustedes que ya soy Abogado. Hoy he hecho los ejercicios de la Licenciatura y he sacado la calificación de *Sobresaliente por unanimidad*, la mejor de todas. He pagado mis *tres mil y pico de reales*, y uno de estos días recogeré mi título. Desde este momento soy libre; he concluído mi esclavitud y mis estudios, y me ofrezco á enredar y á perder cuantos pleitos se sirvan ustedes confiarme.

A pesar de la bromita con que concluyó su perorata, todos se miraban absortos. ¡No haberlos dicho nada hasta aquel momento! ¡Serle tan indiferente el interés de sus amigos por su dicha! ¿Qué sucedía en aquella cabeza, antes tan bien organizada y hoy tan egoístamente discreta ó indiferente?

— No sé si podré perdonarte algún día — le contestó Luis con acento mal contenido de ira -- lo que hoy has hecho conmigo; pero en cuanto á olvidarlo, no lo esperes nunca.

— Hombre, no lo tomes así, ni des carácter de gravedad á un hecho sencillísimo. He preferido darte esta agradable sorpresa á verte preocupado y distraído de tus estudios todo un día por un asunto en el que nada podías hacer.

— Soy más generoso que tú y no quiero pagarte en

la misma moneda. Hoy estamos á 26; el día 30 son mis ejercicios, y confío en que me acompañarás á la Facultad y esperarás á verme salir, victorioso ó derrotado, acompañando á todos los que por mi suerte se interesan. Eso mismo hubiéramos hecho todos contigo hoy, si tu inexplicable conducta no nos lo hubiera impedido.

— Es que para ese día yo no tengo para qué estudiar, mientras que tú necesitas aún no desperdiciar el tiempo.

— Yo no creía que era desperdiciarle emplearle contigo. Pero, en fin, dejemos este asunto; supongamos que te has portado bien conmigo, y recibe mi abrazo de enhorabuena.

— Y el nuestro — dijo Lola, — aunque parece que le tiene á usted sin cuidado. ¿Cómo no ha pasado usted hoy por el taller, como pasó el día del examen de curso, para darnos la buena noticia?

Miguel se puso encarnado como una doncella y apenas pudo articular una respuesta evasiva.

— Tranquilícese el Letrado — continuó Lola con sonrisa irónica; — que ni nos gusta meternos en vidas ajenas ni es posible hacer expansivo un carácter concentrado y misterioso. A mí me gusta vivir al aire libre, y publicar mis sentimientos, y sacar á relucir al sol mis alegrías y mis penas; mientras otro, ó, mejor dicho, *otros* gozan en la obscuridad, encierran sus afectos en un arca de siete llaves y ocultan hasta á sí propios sus esperanzas ó sus desengaños. Cada cual es

como Dios le ha hecho; y ni á mí me harían variar todos los razonamientos de los sabios, ni á los que son como ustedes todas las súplicas de los amigos. Hable el hablador, calle el prudente... y Cristo con todos.

— Como yo no tengo nada que ocultar... y como aunque quisiera publicar mis insignificantes asuntos nunca publicaría los ajenos...

— ¡Basta, basta, señor Abogado! Puede usted retirarse.

— Adiós, chico; me vuelvo á repasar mis libros á mi huronera. Ya hablaremos largo y tendido el día 30 de junio, *Deo volente*.

— ¡Sea enhorabuena! ¡Sea enhorabuena! — dijeron los demás á Miguel, mientras éste, algo confuso y apresuradamente, como si pudiera llegar tarde al tren, salió de la casa, atravesó la calle y penetró por la de Santa Inés como alma que lleva el diablo.

No era posible ser más prudentes que lo habían sido en aquella circunstancia Lola y Luis, puesto que ambos sabían lo que pasaba. Todos los días, á la salida del taller, Matilde se separaba de sus compañeras desde la puerta, y en la esquina de la calle de San Sebastián aparecía desde lejos la figura de Miguel. El mismo personaje se quedaba en el mismo sitio por mañana y tarde, cuando entraban las modistas en el almacén, después de haber acompañado á su amiga; en una palabra, con pretensiones de misterio, pero en la misma forma y con la misma publicidad, hacían los dos amigos lo que todos los enamorados. Y claro es

que viéndolo todo Lola, no habría tardado un minuto en contárselo á su novio; que éstos al menos se daban tal nombre, delante de gente sobre todo, y no se ocultaban de nadie.

Alguna mella debió hacer en Miguel la prudente queja de Luis y la ironía de Lola, porque desde el día siguiente, sin explicar nada y pasando por ello como sobre un hecho consumado é indiscutible, contó que Matilde quería celebrar el día 30 el último examen de Luis, haciéndole fiesta, para lo cual pediría permiso á la señora; que concluidos los ejercicios del nuevo Hipócrates, irían todos juntos á casa de Matilde, donde Miguel los obsequiaría con un *lunch* ó cosa parecida, y que allí se concertaría el viaje de los ex estudiantes á sus respectivas casas solariegas, y algunos otros asuntos futuros de la mayor importancia.

Quedó aceptado el plan y llegó el día marcado para llevarle á cabo. Las dos amigas pasaron la mañana juntas en casa de Julia, sin que Matilde contara *nada* de sus asuntos particulares. *La Aragonesa* se deshizo en caricias con su prófuga huésped, así como don Blas, D. Atanasio y Roque, que estaba aquel día más exagerado que nunca en sus lamentaciones cantadas, y cuando los dos amigos salieron para cruzar la calle y entrar en la Facultad de Medicina, Lola y Matilde los acompañaron hasta el pórtico del terrible edificio y se dirigieron después á casa de ésta.

Lola no podía estar quieta un minuto; se sentaba un momento, se levantaba en seguida, paseaba, abría

la ventana, volvía á cerrarla, y por fin, no pudiendo con nada calmar su impaciencia y la creciente excitación de sus nervios, se lanzó otra vez á la calle con el pretexto de ir á su casa á vestirse con más esmero, para volver á la calle del Salitre á tomar parte en el *gaudeamus* después de la toma del grado.

Miguel se paseaba por los claustros, mientras Luis llevaba á cabo el primer ejercicio, contestando lo mejor que podía á todas las preguntas de las asignaturas de la carrera. Como al segundo ejercicio oral de un caso clínico habían de preceder las dos horas de encierro reglamentario, y después del segundo ejercicio quedaba aún el tercero, consistente en una operación sobre un cadáver, Miguel se despidió de su amigo cuando éste marchó al encierro, asegurándole que volvería antes de concluir el ejercicio oral. Roque apareció entonces por el claustro; y á los pocos momentos, mientras Miguel se dirigía á la calle del Salitre, entró Lola en el edificio, encontrándose con el zarzuelero. Aquellas dos almas en pena, cada una con su distinta preocupación y sus encontrados intereses, se acompañaron mutuamente, hablando de todo, menos de lo que les preocupaba tanto; y con una paciencia heroica, fruto del convencimiento de no poder acelerar el tiempo con toda su fuerza de voluntad, recorrieron millares de veces el mismo claustro hora tras hora.

Se comprende perfectamente la ansiedad de Lola; pero ¿qué significaba la de Roque? ¿Esperaba, con placer egoísta, que Luis quedara derrotado, para go-

zarse en la desventura de su afortunado rival? En su alma grande, tan grande como su cuerpo, no cabía tan ruin pensamiento. ¿Confiaba en que Luis una vez Médico se marcharía á escape de Madrid, dejando á Roque el campo libre para proseguir su conquista? Tal vez; pero no sería sin que él le dijera antes cuántas son cinco al traidor y al ingrato que pagaba de aquel modo el cariño leal y constante de Lola. Ella se lo merecía todo, y allí estaba él para decírselo y para convencerle de que el hombre amado por una chica tan buena y tan linda debía considerarse completamente dichoso con su amor y con su mano.

Mientras Roque se hacía todas estas reflexiones, Miguel llegaba á casa de Matilde, subía la escalera, y dando en la puerta con los nudillos de un modo convenido sin duda de antemano, aguardaba la respuesta. No se hizo esperar ésta mucho tiempo.

— ¿Miguel? — preguntó la voz de Matilde desde adentro de la habitación, pero sin que la puerta se abriese.

— Sí — respondió éste. — ¿No estamos visibles?

— Estoy acabando de peinarme y tengo que vestirme, pero eso lo hago en dos minutos. Aguarda un instante; abro y entorno la puerta: entra cuando yo te avise y espérame en el *salón*, mientras yo te sostengo la conversación desde el tocador-gabinete-alcoba-oratorio ó lo que quieras.

Oyóse efectivamente alzarse el picaporte, correr á Matilde hacia dentro de la casa y una voz argentina que decía un minuto después:

— ¡Ahora!

Pasó Miguel con la segura tranquilidad del que entra en su propia casa, y miró hacia la alcoba, cuyas puertas vidrieras estaban cerradas. Las cortinillas eran espesas, pero no de color. Dejó el sombrero sobre la cómoda, cosa que hacía siempre al entrar, y cogió una silla, sobre la que se sentó á horcajadas.

— Aunque eres hombre incapaz de faltar á tus promesas, te recuerdo, por si la espera te aburre, que aquí no se fuma. El olor del cigarro sólo se puede tolerar cuando fuma un padre ó un marido y éste no es muy complaciente que digamos con su mujer; pero el tabaco de los amigos y de los extraños huele á demonios, infesta la atmósfera y se pega á los muebles, y á las telas sobre todo, que es un horror. ¿No estamos conformes?

— En todo y por todo. He fumado media cajetilla mientras ha hecho Luis su primer ejercicio, y espero fumarme la otra media cuando volvamos allá.

— Y ¿qué tal?

— Él dice que bien. Ahora está ya en el *chiquero*, como decimos nosotros. Dos horas de encerrona; otra después de discurso, y luego para remate de fiesta el caso práctico sobre el cadáver.

— ¡Horrible profesión la de Médico! Te aseguro que no comprendo cómo los hombres tienen valor para ciertas cosas.

— Le tienen para todo, niña, para todo: hasta para enamorarse perdidamente y como unos tontos de mu-

jeros tan feas como tú. ¡Eso sí que es valor, y lo demás tortas y pan pintado!

—¿Pero conoces tú á alguno de esos valientes; quiero decir, á alguno de esos tontos que se enamoran de las feas, de mí, por ejemplo?

—Yo no conozco más que á uno; pero está tan chiflado, que en ese terreno vale por muchos.

—Pues si le tratas, dile que no puede figurarse bien lo fea que soy. La cara es atroz, el cuerpo fatal; pero eso es lo mejor que tengo.

En aquel momento debía saber Matilde á qué atenerse, puesto que se estaba calzando con sus mejores zapatillas; y á pesar suyo se sonreía comparando su bien formada pierna con sus palabras despreciativas.

Algo de esto mismo debió pasar por la imaginación de Miguel, porque sin responder á Matilde y sin lanzarse de pronto á la puerta de la alcoba, como su sangre juvenil hubiera deseado, se levantó y abrió la ventana del cuarto para respirar á gusto.

Matilde, mientras tanto, con un movimiento instintivo y sin hacer el menor ruido, había corrido el pestillo de las puertas vidrieras, arrepintiéndose de las palabras que en son de burla acababa de pronunciar.

—Gran recurso es el cigarro para ciertos momentos — dijo Miguel después de una pausa que acabó en un suspiro.

—Fuma, Miguel, fuma, y no hagas caso de mis bromas. Teniendo abierta la ventana sale el humo en seguida.

— ¿Pero acabas ó no? Mira que es tarde.

— ¡Conque me dices que tengo dos horas por mías y al mismo tiempo me atosigas con tus prisas! ¿Por qué las tienes?

— ¡Por verte, por mirarte á mi lado, por decirte que te adoro!

— Me acabas de ver hace una hora y me lo estás diciendo ahora mismo, ¿qué más quieres?

— No dejarte de ver nunca, no dejar de decirte jamás.

— ¿Y eso es de veras, señor Abogado?; porque la tal profesión es de las que no pueden inspirar á una mujer la menor confianza. La costumbre de mentir á sabiendas no puede engendrar más que embustes y picardías. Digo, un mismo criminal, que para ti, siendo fiscal, es un monstruo de perversidad y merece cien veces el palo; para ti, siendo defensor, es un pobre extraviado y sólo es digno de lástima y de perdón. ¡Ate usted cabos! ¿Quién se fía del criterio y de las palabras sobre todo de un hombre de leyes?

— Yo no ejerzo todavía, y lo probable es que no ejerza nunca. Mi título de Licenciado es un escalón y nada más, ya lo sabes: conque puedes fiarte de mí y salir cuanto antes de ese santuario de tus picardías, de ese *Sancta Sanctorum* de tus falsedades.

— Más vale que pienses todo lo peor del mundo, para que si hay luego alguna sorpresa no sea en contra mía.

— ¡Demonio de mujeres! Está visto; calcen coturno

ó alpargata, vístanse para misa ó para baile, en peinarse y vestirse emplean la mitad de la vida.

— Hasta de ese defecto tienen ustedes la culpa. Si no hubiera hombres en el mundo, verías qué poco tiempo tardábamos en vestirnos.

— Tampoco es eso verdad. ¿Qué vemos nosotros después de las interminables horas de vuestro tocado? El vestido, el manto ó el sombrero; y eso se lo colocan ustedes en cinco minutos. En cambio emplean horas y horas en su aseo íntimo, en el adorno de su ropa interior, en todo aquello, en fin, que no vemos nosotros. De modo que no es por nosotros, sino por causarse á sí mismas el placer de contemplar sus encantos, por lo que pasan las mujeres la mitad de su vida al tocador ó al espejo.

— Voy á salir hecha un adefesio por tu impaciencia, y entonces me llamarás fea á boca llena sin tener yo la culpa.

— Es que por nada del mundo quiero que no nos encuentre Luis á su lado al acabar hoy sus ejercicios del grado. Me culpó con razón el otro día por haberle ocultado los míos y por haber llevado yo á cabo mi empeño en que sólo *tú* supieras mi triunfo. Egoísmo divino del amor, que sacrificó aquel día á la amistad en sus aras. Quiero que nos perdone al ver hoy nuestro interés por él.

— Tenemos tiempo de sobra, y más cuando... aquí me tienes.

Y Matilde, descorriendo silenciosamente el pestillo,



¡Qué hermosa estás, cielo mío, gloria de mi vida!

como lo había corrido antes, sin que Miguel lo notara, salió á la salita, dejando abiertas las puertas vidrieras de la alcoba, que se veía, no en el natural desaliño de una habitación donde se había vestido completamente una mujer, sino como si fuese un gabinetito de respeto. ¡Qué limpieza! ¡Qué pulcritud! ¡Qué orden! ¡Con qué maravilloso instinto sabía Matilde hacer simpático y adorable aquel rincón humilde!

Y estaba hechicera. Sus hermosos ojos, negros y rasgados; su busto, enhiesto; su pecho, mórbido, pero sin amplitud exagerada; sus brazos, caídos con elegante abandono; su cintura, estrecha; sus caderas, anchas. Parecía una Venus acusando sus divinas formas á través de los pliegues pudorosos de su ropaje; como sus labios rojos y su sonrisa encantadora anunciaban un corazón de fuego y su serena frente una alma purísima.

— ¡Qué hermosa estás, cielo mío, gloria de mi vida!

— ¡Vamos, vamos, señor adulator, al orden! ¿No tenías tanta prisa?

— Ya no la tengo. Ó mejor dicho, no la tenía más que por verte, por contemplarte embebecido, por adorarte de rodillas. ¿Cómo he de acordarme de nada, cuando te veo así, á mi lado, bella para mí solo, indiferente para todo el mundo, tú que mereces que todos los hombres se vuelvan locos por ti?

— ¡Qué bien dispuesto está que haya gustos para todo! ¡A cuántos no les pareceré yo antipática! Vamos, de verdad y sin exageraciones amorosas, ¿estoy regularcilla? ¿Puedo pasar, señor Abogado?

— Estás divina. No te exagero ni te adulo. Supón que soy un frío espectador y que te miro pasar á mí lado por vez primera. Ninguna mujer tiene como tú esa gracia, ese buen gusto para hacer que el traje más pobre resulte distinguido y elegante en tu cuerpo, sólo por ser tú quien le llevas. Si te adornas poco, parece que has empleado un día en adornarte mucho; y es tu aire tan distinguido, que cuando cruzo una calle contigo no me pareces una muchacha de humilde procedencia, sino una duquesa que á pesar de disfrazarse de muchacha no ha podido ocultar en sus maneras ni en sus movimientos su origen aristocrático.

— ¡Echa piropos, hijo! Y en tanto tu amigo...

— ¿Me quieres mucho, Matilde mía? — la interrumpió Miguel, apoderándose de una de sus manos, que caían á lo largo de su falda como en una estatua griega.

— No me lo preguntes nunca, Miguel, porque al oírlo en tus labios me aturdo pensando en que pueda ser yo la que te escucho embebecida. ¡Yo, la que juré á mi madre que jamás penetraría un hombre en esta casa, que fué la suya, antes de ser mi esposo! ¡Yo, que desprecié con orgullo arrogante el amor de tantos hombres! ¡Yo, á quien nunca vió nadie en la calle con ninguno, exponer por ti mi opinión, dejar que mancillen mi nombre con sus malos juicios mis compañeras y mi maestra, permitir que me acompañes por todas partes, á todas horas, y sobre todo oírte aquí, escucharte en mi propia casa! ¡Si hasta dudo de mi razón cuan-

do veo lo que sufro y lo que siento por cifrar mi vida entera y mi felicidad suprema en escuchar tus juramentos! ¡Déjame, Miguel, déjame; porque si pienso en esto, no sé qué va á ser de mí! — y retiró su mano de las de Miguel.

— ¡Alma mía! — continuó éste, hablándola casi al oído, como debió hablar un día la serpiente á Eva en el Paraíso. — Si tu amor es grande, el mío es profundo y eterno; si tu vida es santa y pura, puro y santo es mi cariño. ¿No lo has visto tú misma? ¿No lo ves continuamente? Si en aquella maldita noche, que tu generosidad ha olvidado, pude en medio de mi embriaguez y mi locura respetarte como á una Virgen y adorarte como á una Santa, y si después no te he dado motivo un solo momento para que dudes de la honradez de mi cariño, ¿por qué me temes? ¿por qué huyes de mi lado?

— La misma noche de que me hablas, te dí entera mi alma, por lo mismo que supiste respetar mi cuerpo. Allí juré ser sólo tuya ó de nadie en la tierra y amarte eternamente. Hoy te repito mi juramento y mi palabra. No sé lo que el porvenir reserva á mi amor, ni lo que las circunstancias que te rodean te obligarán á hacer con mi cariño. Pero si olvidaras mi amor; si la ausencia que me amenaza, y que no trataré de retardar por nada del mundo, porque es justa y necesaria, fuera eterna, y no volvieras á verme nunca, yo te seguiría amando en el abandono y en el olvido como te he amado hasta hoy... y no hablemos más de cosas

tristes. Hoy nos debemos á la amistad... cumplamos con ella y dejemos para mañana los pensamientos melancólicos y enojosos. ¡Andando!

— ¡Bendita seas! — añadió Miguel acercándose á Matilde, pero ésta estaba ya abriendo la puerta de la escalera.

— Y ahora que me acuerdo, ¿cómo no ha venido aún lo que me has dicho que habías mandado traer de la Ceres?

— ¡Ah, sí! Los pastelillos, un poco de jamón en dulce y una sola botella de Jerez... ¡Una sola para cuatro ó seis personas! ¿Qué te parece la borrachera que se prepara?

— Aún me parece mucho; tal miedo la tengo.

— No deben tardar. Encargué que estuvieran aquí con ello á las dos de la tarde y van á dar las dos y media.

— Tal hemos charlado. Vamos corriendo, no sea que lleguemos tarde.

En este momento un fuerte empujón dado á la puerta la abrió de par en par, escuchándose el vozarrón de Roque:

— Como está mi ventana
Cerca del cielo,
Hay que subir diez tramos
Y el entresuelo.

— Lo cual no es verdad, señor tenor, porque estamos en cuarto segundo.

— Interior, escalera de la derecha, segunda galería, número 9. Por falta de señas no se perderá usted, y por eso no me he perdido yo al venir á buscarlos. Están ustedes juntitos como me aseguraba Lola, que es quien me ha comunicado la dirección de este laberinto.

— ¿Ocurre algo de particular? — preguntó Miguel sin hacer caso de la indirecta.

— Nada. Que Luis salió del encierro y acabó su discurso, y que ahora ha empezado su tercer ejercicio sobre un cadáver en pelo que da gusto verle.

— ¿Ha empezado ya? Pues ahora mismo íbamos.

— Y ahora mismo vamos.

— Lola me dijo: «Ese par de memos (cuidado que es ella la que habla), en cuanto están juntos conjugando el verbo amar se ponen imposibles; corre á casa de Matilde... calle de tal... y tal... (aquí las señas del laberinto), y si los encuentras allí, dílos que estoy harta de estar contigo (eso lo decía por mí) toda la tarde; que vengan á escape, que me muero de impaciencia, y que quiero que estén aquí cuando Luis salga de andar con el muerto.» Y como yo soy feliz con sólo hacer lo que ella me manda, he venido en dos minutos, y no tengo nada más que decir.

— ¿La sigues queriendo como siempre?

— ¡Ya lo creo! ¡A prueba de desdenes, de celos y de calabazas!

— ¡Pobre Roque!

— ¡Y tan pobre! No lo sabe usted bien.

— Corramos, Miguel. Ven tras nosotros: cierra la puerta y tráete la llave.

Y sin esperar al gran tenor, se lanzaron por la escalera los dos amantes, y devorando la distancia, llegaron á los cinco minutos á la Facultad de Medicina, conocida por el vulgo con el nombre de *Colegio de San Carlos*.





Y salieron juntas, cogidas del talle, como las colegialas á la hora del recreo.

CAPÍTULO DÉCIMOTERCIO

DEUS EX MACHINA

Lanzó el bonazo de Roque una mirada escudriñadora por la habitación de Matilde, y quedó asombrado de la limpieza y arreglo que en ella presidía. No eran el aseo y el orden virtudes que poseyera en alto grado el émulo de Rubini, ni la pocilga de Julia *la Aragonesa* templo muy á propósito para practicarlas; pero eso no obstaba para que él las reconociera en los demás y las rindiera respetuoso culto.

— ¡Qué cuartito tan cuco tiene la modista! Uno así colmaría toda mi ambición, arreglado por la ingrata de

mis ojos, en vez de aquel inmundo cuchitril, donde me pudro entre chinches, moscas y celos. En este momento se está decidiendo mi porvenir más que el del estudiante. Hoy será Médico, y de seguro, le conozco muy bien, tomará el portante á su pueblo y no volverá á acordarse de que hay Dolores en el mundo, como no sean los de parto y los reumáticos. Si ella se consolara pronto, y al brotar en su corazón la justa idea de la venganza contra ese tunante quisiera sacarme de penas y sacarse de pesadumbres ella misma, al año nos casábamos, y en otro cuartito como éste cantaríamos todos los dúos de amor del repertorio y los que inventáramos nosotros, que serían los más brillantes. ¡Implacable destino! ¿Para qué das pañuelo al que no sabe sonarse, y á mí que me das narices no me das el pañuelo? Basta de matemáticas. Cerremos y á San Carlos. ¡Si yo fuera uno de los jueces del tribunal de examen, ya estaba aviado el medicucho!

Y el infeliz Roque se creía el juez más atrabiliario y más tiránico del mundo.

Al dirigirse á la puerta apareció en ella con investigadora curiosidad nuestro amigo D. Blas, diciendo:

— Puesto que la puerta de la habitación no está cerrada... con permiso.

— ¡Cómo, D. Blas!

— ¡Calle! ¿Qué haces tú por aquí, muchacho?

— Eso mismo me permito yo preguntar á usted. ¿Viene usted sin duda á buscar á D. Miguel? Pues se

han marchado hace apenas cinco minutos, y yo me iba en este momento tras ellos.

—¿A D. Miguel? ¿Al huésped de casa? ¿Y qué tiene que ver él con este cuarto?

—Pero ¿á quién viene usted buscando? Vamos á ver si logramos entendernos. ¿A Matilde? Pues está con el otro y con Lola, esperando á que concluya sus ejercicios el matasanos.

—Sí, ya sé que hoy toma el grado; pero eso no me explica tu presencia aquí...

—Ni la de usted tampoco.

—Cierto, amigo Roque, y voy á explicarme.

—No deseo otra cosa desde que le he visto á usted entrar por esa puerta.

—Por razones que me callo... y motivos que no son del caso...

—Pues si sigue usted así, no hay duda que quedaré enterado.

—¡No seas impaciente, hombre!—le dijo D. Blas, dando dos pasos hacia el interior de la habitación y no fijándose más que en el semblante de Roque que le contemplaba con curiosidad. —Dentro de dos ó tres días me vuelvo á mi casa, cumplido ya el objeto de mi viaje; y como había dejado para lo último mi visita á los puntos más importantes que para mis recuerdos conserva Madrid, hoy he querido visitar este cuarto, donde hace más de veinte años fuí el hombre más feliz y más amado de la tierra. Por eso he venido á ver si quien lo habita me permite descansar en él un rato.

— ¡Ah, vamos! ¿De modo que usted ha venido por casualidad; es decir, sin saber quién vive aquí y creyendo encontrarse con gentes desconocidas?

— ¡Naturalmente! ¡Ya ves... al cabo de tantos años!

— Pues bien; aquí vive Matilde la costurera, la chica que ha vivido en nuestra casa; y esta casa es á la que se refería, como dueño que es de ella, Manolito Mendoza, el del convite morrocotudo de los Viveros. ¿Se va usted enterando?

— ¡Matilde! ¡la costurera juiciosa!... ¡esa chica tan guapa, cuya fisonomía me ha causado siempre un efecto tan raro!... — seguía diciendo D. Blas, casi aparte consigo mismo, mientras en su frente se marcaban más que de costumbre las dos arrugas transversales y su benévola y afectuosa sonrisa iba desapareciendo de sus labios.

— Pero ¿y cómo vive aquí esa muchacha?

— ¡Toma! Como viven en su casa todos los que la pagan. Pagó los meses que debía, como usted sabe, porque ella misma lo contó en casa, y se volvió á su cuarto. Lo que hay es que D. Miguel y ella se quieren con mucho juicio y mucha formalidad, según parece; pero, en fin, que están en relaciones y que yo he venido á buscarlos de parte de Lola, mi ingrato tormento, porque estaban aquí los dos juntos, para que fueran á San Carlos, donde el otro se examina. Han apretado á correr escalera abajo y me han dicho: «Cierra y tráete la llave;» yo iba á hacerlo... cuando usted ha aparecido... y esa es la historia de mi presencia aquí.

D. Blas, que había escuchado á Roque atentamente, comenzó á fijarse en la habitación y en los muebles, y con movimientos de sorpresa empezó á lanzar exclamaciones incoherentes.

— ¡Estos muebles! ¡Me engañan mis ojos! ¡Si parecen los mismos!... Sí... su cómoda... su mesita cuadrada de trabajo... ¡Qué asombro!

— ¿Pero qué dice este buen señor? — se preguntaba á sí mismo Roque, viendo á D. Blas pasear inquieto por el cuarto de Matilde.

— ¡No puede ser! ¡Estoy tonto! ¡Es mi imaginación la que me finge todos estos objetos que mis ojos vieron por última vez hace veinticinco años! Pero si están en el mismo sitio... Á ver... Sí... su cama... nuestra cama... ¡Jesucristo!... ¡Socorro!... ¡Es ella!... — y salió de la alcoba aterrado al ver sobre la cama de acero el retrato de la madre de Matilde.

— ¿Qué le pasa á usted, D. Blas?

— ¡Un absurdo... una pesadilla!... — dijo éste, cayendo desplomado sobre una silla, con las manos en los ojos como para cerrarlos á la realidad, que le estremecía.

— ¿Pero se pone usted malo? Vamos, eso es debilidad. La pícara comida de *la Aragonesa*, que ha sido más floja hoy que de costumbre.

— No, Roque, no; es que en este cuarto está encerrado un misterio de mi vida... Es que ese retrato... esa alcoba...

Una gritería descompasada que se oyó en la esca-

lera, entre las que sobresalían las palabras: «¡Victoria!... ¡Arriba!...» interrumpió la confesión de D. Blas, próxima á escaparse de sus labios.

— ¡Son ellos! ¡Ya suben! — gritó Roque á su vez. — ¡Ya es Médico ese infame!

— Silencio, Roque... no digas una palabra á nadie de lo que me ha sucedido — dijo D. Blas, haciendo un esfuerzo violento para levantarse.

En aquel momento llegaron al corredor las dos parejas y se detuvieron los estudiantes al mismo tiempo.

— Pasa, Martos, y me quedo corto.

— Pasa tú primero, Martínez Molina.

— Entren á un tiempo la Medicina y el Foro — dijo Matilde, y empujó á los dos amigos hasta el centro de su habitación, penetrando después en ella del brazo de Lola.

— ¡Ya estamos aquí! — dijo ésta saltando y brincando.

— ¿Y qué? — preguntó Roque con desaliento.

— ¿Cómo y qué? ¡Pues me gusta la pregunta! Médico-Cirujano de los más distinguidos. ¡Una de las primeras lumbreras de la ciencia! ¡Un futuro individuo de la Academia de Medicina! ¡El primer Médico de la real cámara, con el tiempo! — contestó Lola riendo á carcajadas.

— Llegar nosotros á San Carlos y acabar él su tercer ejercicio, fué una misma cosa — dijo Matilde á Roque; — y tú ¿por qué no cerraste la puerta y te viniste en seguida?

— Porque le mata la envidia y no ha tenido valor para presenciar las glorias ajenas — dijo Lola con intención picaresca.

— Eso no es verdad — contestó Roque con amargura. — Yo soy incapaz de abrigar sentimientos villanos. Deseo que viva todo el mundo. Ahora lo que yo quiero es que no por vivir los demás se empeñen en matarme á mí... Y no me busquen ustedes la boca y déjenme contestar á la pregunta de Matilde. No he cerrado porque á los pocos momentos de marcharse ustedes entró D. Blas... en quien ni siquiera han reparado ustedes.

Y era cierto. Nadie le había visto aún, tanto por la preocupación general, como porque el tal D. Blas se había retirado á un rincón de la salita y no apartaba sus ojos del sereno semblante de Matilde.

— ¡Calla! ¡Pues si es verdad! Amigo mío, ¿había usted venido á saber noticias del examen? Pues ya lo sabe usted: triunfo completo. Ya son estos dos caballeros unas personas decentes con su título y todo. Y ahora que me acuerdo... aunque ya ha tomado usted de antemano posesión de ella, tengo el honor de ofrecer á usted mi humilde casa.

— Mil gracias... y doy á ustedes mi enhorabuena... — contestó D. Blas, que no dejaba de mirar absorto y preocupado á Matilde.

Miguel y Luis se habían sentado, y descansaban de sus emociones sin hablar palabra. Lola miraba á su novio con algo de orgullo fraternal y Roque se mor-

día las uñas pensativo. Casi nadie notó que D. Blas con una agitación que no conseguía dominar y con un semblante serio desacostumbrado en él, continuara en voz baja su conversación con Matilde.

— Y dígame usted, Matilde, ¿en este cuartito tan mono y tan bien arreglado vive usted sola?

— Naturalmente... Si soy sola en el mundo, ¿con quién he de vivir?

— ¡Es verdad! No me acordaba... Pero ¿vivirá usted aquí desde hace poco? ¿Ha comprado usted esos muebles?

— Todos eran de mi madre.

— ¿De su madre?... ¡Ah! ¿Conque su madre de usted?... — y el buen D. Blas se turbaba cada vez más.

— ¿Qué le pasa á usted, amigo mío?

— ¡Su amigo! Sí... Eso es... ¿Y ese retrato que está en la alcoba?

— ¡Ah! ¿Le ha visto usted también?... Es el retrato de mi madre — y una nube de profunda tristeza empañó los lindos ojos de Matilde.

— ¡De su madre!... ¿Y vive, vive? — preguntó D. Blas con ansiedad.

— ¿No recuerda usted que he dicho allí en casa de Julia muchas veces que había muerto hace poco más de un año?

— ¡Tiene usted razón!... No recordaba... Y ¿cuántos años tiene usted?

— Veinticuatro cumpliré en agosto...

— ¡Veinticuatro!...

- Pero ¿me quiere usted decir lo que significan sus preguntas?

D. Blas no contestaba, ni casi parecía oír á Matilde. Completamente abstraído miraba á la joven con insistente ternura, y se decía en su imaginación:

- ¡Es su misma cara!... ¡su misma voz! ¿Cómo no lo he adivinado antes? ¡Veinticuatro años! Veinticinco escasos hace que salí yo de Madrid para siempre, dejando abandonada á Mercedes. ¡Pero ella no me dijo nunca que estaba encinta, ni me escribió jamás, ni contestó á mis cartas!... ¡No puede ser! Al verse olvidada por mí, escucharía á otro hombre, y esta joven será el fruto de su segundo amor culpable... ¡Serenidad!... Parece que me ahogo y necesito tomar el aire... reflexionar...

- Pero D. Blas, ¿está usted enfermo? ¿Quiere usted algo?

- No, no, Matilde - respondió éste con rapidez, bajando aún más la voz. ¡Silencio, por Dios!... ¡Que nadie se entere!... Yo necesito hablar á usted á solas de un negocio importantísimo para usted.

- ¿Usted, un negocio para mí? ¡Ah! - dijo de pronto Matilde, suponiendo que tal vez iba á hablarle de Miguel. - ¡Si no se atrevería éste á hacerlo y encargaría á D. Blas que llevara á cabo en su nombre una raptura!

- No salga usted de casa; procure que se vayan pronto todos, y yo volveré dentro de una hora.

- Difícil es eso, porque vamos á merendar aquí juntos... No tardarán en traer los fiambres y los pas-

teles que están encargados... Quédese usted aquí con nosotros...

—¡Imposible! Es á solas como tengo que hablarla, y no podría contenerme hasta entonces. Haga usted lo que la ruego, por todo lo que más quiera en el mundo.

—¡Por todo lo que más quiera!— pensó Matilde. — No hay duda; de Miguel se trata. ¡Dios mío! ¿Qué cáliz de amargura me destinas?— Aguardaré á usted sola como desea— le contestó en voz alta, sin darle á entender su sospecha.

—¡Gracias!... y adiós, señores. Repito mi enhorabuena y me retiro.

— Eso no— contestó Miguel;— usted merienda con nosotros: un pastelillo... una copa de Jerez.

— Me es imposible. Tengo una cita de negocios á que no puedo faltar.

—¿De negocios usted? Eso es un pretexto para no acompañarnos.

— Juro á ustedes que me es imposible. ¡Hasta la vista!

— Yo le acompaño á usted hasta la calle— dijo Roque dirigiéndose á la puerta.

— ¡Eh, tú, galopo, te guardarás muy bien de irte!— dijo Luis queriendo detenerle. — Aquí merendamos todos, y por hoy no hay clases.

— Señores Licenciados y señoras *licenciadas*: ustedes tendrán que hablar y divertirse y yo no tengo gana ni motivos de divertirme. Aquí estoy más de más que